Un manojo de cuerpos

A Tristan

Image not found.

Capítulo 1

Este lugar antes debió de haber sido hermoso. Seguramente lleno de vida, alegría y, sobre todo, de mucha tranquilidad. Desde mi posición observo la escuela en ruinas: parece que puedo escuchar los gritos de los pequeños cuando salen de sus clases y corretean hacia sus casas, sus madres les abrazan y les esperan con una buena taza de leche y miel, tal vez una rebanada de pan y un poco de mantequilla de cabra. Pero ahora todo se ha venido abajo, y el viento que antes mecía generosamente las hojas de los frondosos fresnos de este pequeño pueblo, ora solo levanta el polvo y hace insufrible el día ante esta temperatura que, en épocas mejores, se reconciliaba con las flores de los jardines y los pajarillos aterciopelados que ya no regresarán.

Contra los cielos grises y tristes se recorta una iglesia. Posiblemente construida hace siglos, este recinto espiritual fue el único edificio que soportó el ataque de morteros y fuego pesado de los tanques *Panzer*. Ahora se ha convertido en nuestro último bastión, es nuestro cuartel y última línea defensiva. Si la iglesia cae, el pueblo está perdido.

Aunque no entiendo el idioma de estas personas, puedo percibir su temor y el profundo agradecimiento que sienten por el hecho de habernos quedado a protegerlos. Tal vez no lo sepan, pero no es filantropía: sólo estamos allí porque éste es un lugar estratégico de paso de tropas hacia París, de lo contrario a este pueblo ya se lo habría llevado el diablo. No obstante, no dejo de sentirme pesaroso y melancólico porque decididamente son personas para mí, aunque esto le importe una mierda al capitán…, él sólo piensa en cómo aguantar el ataque mientras un nuevo contingente apoyado de tanques *Sherman* llega a apoyar nuestra posición. Las bajas civiles parecen no importarle, ni mucho menos que estos buenos hombres se priven de lo imprescindible para que nuestras tropas se sientan cómodas.

Pienso que fue un error enlistarme. Y pensar que fui tan dócil y manso… un cachorro de la patria, patético. Debí aguantar, ser panadero, granjero, vaya uno a saber; y si hubiera sido llamado, debía de haberme fugado a las montañas (¡qué sé yo!); aunque no niego que quisiera partirle la cara a todos los de la *Wehrmacht* —que les den por el culo a todos esos hijos de puta— creo que esta guerra me ha arrebatado muchas cosas que me eran valiosas, cosas intransferibles, que ahora no son mías. Sólo quedan en mi mente imágenes horrorosas que bailan frente a mí en mis noches febricitantes; mi frente está plagada de pesadillas y la muerte parece ser lo único que veo, huelo y espero.

En Alabama, un par de años atrás, antes de que este infierno dantesco tomara forma, yo sólo era un joven feliz que retozaba después de clases en las verdes praderas con mis amigos, hasta que mi anciano padre me llamaba y debíamos dirigir nuestro rebaño de ovejas a su resguardo. Entonces las noches cálidas se inundaban del vapor del café cuando hervía, mi madre preparaba la cena con mis hermanas, en tanto mi padre frente a la chimenea aguardaba con sus *collies* de la frontera, fieles y somnolientos. Aquellos días de placidez nunca serían iguales, hasta que tomé un fusil y por vez primera vi caer a un hombre por cuenta de mi gatillo.

Hasta ese día nunca había visto una muerte violenta. Sólo una vez sacamos del lago a un hombre que regularmente se le veía ebrio. Estaba hinchado, morado y sus ojos desorbitados tenían una extraña expresión de sorpresa que ya no le pertenecía a este mundo. Entonces era natural oír de labriegos que morían de un infarto en sus quehaceres, o de ancianos que morían en el mismo lecho en el que sus benditas madres les habían parido. Así que la muerte era algo natural, un asunto doloroso pero plausible de ser soportado, porque la gente finalmente envejecía y moría por causas obvias y naturales.

Pero aquí la muerte era un mal endémico, una situación que se repetía pasmosamente, algo en contra de la Naturaleza. Los hombres caían por las balas, las explosiones o las heridas que se agangrenaban a falta de buenos medicamentos o las manos expertas de un médico cirujano serio. A propósito de ello, nuestro último galeno fue víctima de las balas de una *MP- 40*, y con su vida se sepultaron otras más que precisaban de su atención fina y eficaz. Y cuando no son las balas, son los alimentos o el agua contaminada. La disentería es un horrible monstruo. Aquí los niños mueren a un ritmo alarmante, porque los alimentos escasean y las condiciones salubres son pésimas. Pero los pueblerinos no quieren abandonar sus casas, les hemos dicho que partan a un lugar más seguro, pero están dispuestos a morir allí, sepultados por sus propios muros antes de versen obligados a abandonar su hogar y ser víctimas de las celadas de los alemanes en retaguardia. Yo no les culpo, se sienten más seguros con nosotros, al fin y al cabo son simplemente labriegos, no tienen armas ni instrucción militar; y aunque los pocos hombres que quedan en el pueblo se han ofrecido en colaborarnos, nuestras municiones escasean y necesitamos de todo fusil o ametralladora en manos de hombres capacitados para enfrentar la cólera de este enemigo que nos rodea dispuesto a dar cuenta del último de nuestros suspiros. Es una pena.

En la noche arrecia una tormenta de proporciones bíblicas, el capitán se fuma un cigarro y deambula nerviosamente como un felino enjaulado, le observamos mientras analiza con sus oficiales el mapa del terreno. «Esto no conviene.» Masculla para sí, pero le escuchamos límpidamente. Seguramente se refiere al clima y a la oscuridad que nos embarga; si los alemanes nos atacan en estas condiciones bajo el amparo de la cerrada

penumbra, de seguro no resistiríamos mucho. Uno de los hombres se le acerca, le susurra algo al oído y el capitán le mira ceñudo, levanta la vista y observa a los que nos encontramos presentes en la nave principal de la iglesia.

— ¿No se habían encargado ya de ello? —pregunta. Nos mira desafiante.

Kowalski, uno de los más tímidos pero el más entregado a su labor de ser buen siervo del capitán, interviene por el resto de nosotros.

—Son demasiados cuerpos, señor, no hay terreno blando para enterrarlos, el único solvente… sería en las afueras del pueblo... Pero hay francotiradores, señor…

El capitán arroja su mirada furibunda contra el fangoso suelo. «Mierda», murmura. Alza su vista y en sus ojos parece brillar una idea, los entorna y sonríe paulatinamente.

—¡¡Tomen los cuerpos!! —ordena—. Absolutamente todos, ¿ven allí el centro de la plaza? ¡Los quiero a todos allí!

Se reparten miradas de desconcierto, no es la primera vez que el capitán tiene una de esas extrañas epifanías.

— ¿Es que están sordos? —vocifera—. Quiero esa orden cumplida, inmediatamente... ¡¡Ah!! Y no se olviden de los *"krauts"*, tomen sus municiones, y llévenlos allí. —Nos da la espalda y se dirige a su improvisado centro de operaciones, situado en una pequeña cocina detrás de la nave principal de la iglesia.

—¡¡Mierda!! —Escupe Newton—. Con este temporal voy a quedar peor que un gorrión ensopado.

—¡¡Ya oyeron, señoritas, pónganse a trabajar!! —ordena el cabo segundo Smith.

Nos damos a la penosa tarea. Los cuerpos están desperdigados por doquier, son testigos de los recursos inagotables de la Muerte. Están lívidos y muy tiesos, el barro les ha pintado las caras para fortuna nuestra, y eso le da un tinte de impersonalidad a ésta inesperada labor. Nos apresuramos lo más que podemos, azuzados por la socarrona voz del cabo segundo Smith. Entre tanto, el capitán observa por encima de una taza de café caliente, que se va bebiendo lentamente desde un umbral derruido, nos observa con extrema frialdad mientras seguimos en nuestras correrías. La lluvia ha dejado de caer, pero nos ha envuelto con frío glacial todo el cuerpo, estamos húmedos hasta los calzones. Y de repente, un jaleo se arma. Doblando una esquina, adyacente a la plaza donde antes había una tenería, viene Newton muy enfadado. Viene con

prisa dando gritos y gesticulando con ademanes violentos, Smith va tras él y a su vez le grita:

—Vuelva aquí inmediatamente ¡es una orden!

El capitán deja en reposo su café, en media docena de zancadas les sale al encuentro, se planta frente a Newton y le cierra el paso como un búfalo.

—Qué está pasando aquí, ¡¡qué es esta pantomima!! —dice con su voz de trueno.

—Lo siento, capitán, señor, pero me niego a cargar un cadáver en particular —sostiene Newton.

—De qué habla, Newton…, me está crispando los nervios eso no le conviene — vocifera el capitán muy cerca de su rostro. La discusión llama la atención de gran parte de los soldados, algunos pueblerinos asoman sus semblantes asustados por las ventanas desvencijadas.

—Señor —habla en una extraña mezcla de nervios y furia contenida—. Me niego rotundamente a darle sepultura a ese miserable *kraut…* Fue quien apuñaló a Gordon… tres puñaladas en la espalda, señor —concluyó afirmando con gran tristeza y bajando la vista.

— ¿Ah, sí? —pregunta desafiante—. Pues el soldado Gordon murió en su ley, como un valiente, y no necesita de sus lágrimas de *viejecita,* Smith, así que…, tome el maldito cuerpo y llévelo al centro de la plaza.

—No, señor —contrarió levantando la vista y la voz—. ¡Qué lo haga otro, señor! No tomaré a ese malnacido, bien pueden los buitres y las ratas dar cuenta de sus despojos, que otro lo levante. —Le dio la espalda al capitán, éste de inmediato se le echó encima y lo hizo volverse con sus potentes garras. Smith, quien no era ni bajo ni débil, respondió tomando al capitán por la solapa. El capitán, por cierto, le dejó hacer su jugada.

—Qué se ha creído, muchachito hijo de puta —masculló el capitán arrojándole su colérico aliento encima. Smith le observaba con el ceño muy fruncido y jadeando de furia—. No permitiré que me dé la espalda… Ni mucho menos una insubordinación de este tipo ¡¡pedazo de mierda!! Así que tome el cuerpo, llévelo a la plaza, o le meteré un puntapié en el culo tan duro que usted irá a parar al mismísimo Berlín.

Smith soltó al capitán, ambos se quedaron midiendo fuerzas con sus furibundas miradas, fueron segundos que se nos hicieron eternos. El capitán, por su parte, liberó a Smith de sus manos a modo de grillos, transfiguró su semblante y de un modo paternal le arregló las arrugas de

la solapa y lo despidió.

—Váyase, soldado, la próxima vez no seré tan piadoso, tal vez lo entierre al lado de su queridísimo *kraut*, así tendrán una eternidad para resolver sus desavenencias.

Luego gritó, se dirigió a todos cuanto podrían escucharle:

— ¡Ok, señoritas, el *show* se ha acabado, seguimos en guerra, continúen con lo que hacían y abran muy bien los ojos! —Se alejó y se perdió por entre las ruinas de la nave central. Smith se quedó allí parado, con los puños crispados y un semblante rubicundo, dio media vuelta y se dirigió hacia donde había dejado su labor.

No había pasado una hora cuando finalmente se apilaron todos los cadáveres conocidos. Algunos sepultados por paredes o lozas gigantes de concreto no pudieron ser rescatados, entonces la zona fue bañada en abundante cal para impedir el escape de los mefíticos olores (cosa que luego sería inútil). La escena no dejaba de ser conmovedora: aquella era una pequeña montaña humana de brazos, piernas y rostros ignotos, un *maremágnum* de almas cruzando sobre Estigia. Todos sospechábamos lo que habría de acontecer, no había tiempo para más, seguramente el capitán había decidido incinerar los cuerpos antes de reconocerlos y darles santa sepultura. De repente, una mujer salió corriendo de su escondrijo, gritando con grandes aspavientos, sabía ella muy bien lo que iba a ocurrir, sus gritos, a pesar de su francés balbuceante, nos eran inteligibles; a grito herido clamaba por un tal Françoise. «Françoise, Françoise.» Gritaba perturbadoramente. El soldado Myers le salió al paso y la detuvo.

—Qué dice esta mujer —exigió el capitán que regresaba de su lugar.

Nuestro intérprete se esforzó por dilucidar el resto del balbuceo de la pobre señora regordeta, a la sazón, hecha un mar de llanto.

—Señor, la mujer dice que entre los cuerpos debe estar su pequeño Françoise, dice que no tenía más de cinco años, dice que ayer hubo una gran explosión y que… Lo llevaba tomado de la mano…, y que...

—Apúrese, Tanner, no tenemos el resto de la noche —requirió el capitán.

—…Que el niño lo perdió —completó Tanner sombríamente.

—Ya veo —gruñó el capitán—. Alguno de ustedes —dijo dirigiéndose a la concurrencia— ¿vio el cadáver de un niño de cinco años?

En un largo murmullo afirmamos que no. Habíamos tomado gran cantidad de cuerpos: mujeres, adolescentes, hombres y viejos, sin contar los soldados alemanes. Pero ninguno había tomado el cuerpo de un niño; era

por cierto algo que no hubiera pasado desapercibido.

—Dígale a la señora que su hijo no está allí —dijo el capitán sin asomos de emoción. Pero las personas empezaron a salir. Estaban sumamente preocupadas por el último adiós que el capitán le quería dar a sus difuntos deudos.

—Qué significa esto —espetó el capitán—. Díganle a toda esta gente que no podemos cumplir con últimas voluntades, estamos sitiados, ¡no hay tiempo! —gritó estentóreamente.

El intérprete se acercó a la multitud que empezaba a congregarse en la plaza, levantó las manos señalando la calma y con su francés fluido y diáfano les expresó lo que acontecía. La gente empezó a protestar: los unos lloraban, las mujeres armaban un escándalo monumental, los hombres amenazaban con los puños crispados y en alto. La suerte parecía estar echada, seguramente habría un jaleo inesperado; de súbito, un fuerte fragor cruzó la atmósfera. Un silbido diabólico atravesó la insondable oscuridad y dio a parar a unos cincuenta metros de nuestra posición: la explosión nos hizo caer de bruces. La tierra rugió y, luego, un solemne silencio coronó la noche. Los pueblerinos fueron los primeros en ponerse en acción, salieron corriendo a buscar refugio. El capitán se puso en pie y se sacudió las rodillas como si no pasara nada. Nos pusimos en guardia inmediatamente, nos parapetamos al acto. Pero el capitán seguía en pie, escudriñando las tinieblas, con su rostro dibujando una sutil sonrisa, de esas que ya le habíamos visto y que se anticipaban a una contienda sangrienta.

—Ok, niñas, ha llegado la hora, ¡¡Putman, Levinsky!! —ordenó. Los hombres corrieron, se internaron en la nave y como relámpagos salieron nuevamente, tenían asidos dos grandes bidones de *"kerosene"*. «A la plaza.» Ordenó el capitán. Corrieron con el alma en sus gargantas, rociaron los cadáveres y prendieron fuego. Al principio una tímida llama se dejó asomar entre los intersticios de los cuerpos, luego, cobró fuerza y se alzó colosal, acariciando la fría noche con tibio roce de lenguas de fuego. Todo el ámbito se iluminó como si el mismo Apolo hubiera bajado a saludarnos.

Los hombres regresaron inmediatamente, sin mediar palabra se pusieron a cubierto, tomaron sus fusiles. El capitán aún seguía en pie, era el único que no se parapetaba. El silencio de la noche se vio interrumpido por el fuerte crepitar de las llamas devorando ese "manojo de cuerpos"; a través de la distancia nos llegaban lo ecos de los motores enemigos, eran tan palpables que a cualquiera se le helaba la sangre, pero el capitán seguía allí, sin demostrar ninguna emoción, observando la magnificencia de su obra, disfrutando la antesala de la pesadilla.

—Señoritas —susurró con la mirada poseída, perdida en la llamarada que se alzaba contra el firmamento plateado—. Ustedes le pedían a Dios la luz del día, pero yo les he dado un funeral vikingo.